

NARRAR LA INUNDACIÓN

*Juan Manuel Mannarino
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)*

Una noche estás en tu departamento del barrio La Loma, tu departamento está en una planta baja, dos ambientes con patio, es feriado por la guerra de Malvinas, estás ahí, haciendo las cosas que se hacen un feriado, y llueve hace algunas horas, pero vos pensás que va a parar, y mirás por la ventana y te gustan los días así, te parecen románticos, y sigue lloviendo, fuerte, y no es posible, ¡¡¡no!!! ves que el agua entra a chorros, como si alguien, algún estúpido, hubiera dejado la canilla abierta en el patio de entrada, y hacés lo que primero se te viene a la cabeza, armás una compuerta, sacás el agua con el repasador hacia las rejillas, pero ¡¡¡no!!! De las rejillas brotan cascadas, estás perdido, salís a calle, ves tu auto, ves que el agua lo tapó a la mitad, vas hasta la esquina, a oscuras, a tientas, y te agarra un escalofrío cuando ves que se viene una corriente como un río turbulento, entonces volvés a tu casa, estás perdido, es una película de terror, luchás cuerpo a cuerpo con la puerta, que está hinchada, el agua pesa, trepa, invade, y agarrás tu computadora personal, agarrás el perro y la mochila de acampe, ponés una linterna, una muda de ropa y salís a buscar un piso superior, porque justo esa noche, la noche donde todo parece desconocido, tus vecinos de los departamentos de arriba no están, y puteás, y caminás por la vereda, te cuidás de no pisar un cable suelto, tu perro está nervioso, lo subís a upa, te vas al edificio de al lado, la puerta está abierta, trotás, hay unos vecinos que están cenando, ni saben lo que pasa abajo, te metés de prepo, les explicás, un hombre no te deja entrar, golpeás al lado, hay una mujer con anteojos, te abre la puerta, te tirás adentro, no le dejás alternativa. Salvado, pensás.

Le decís que te banque el perro un rato, que vas a bajar hasta tu departamento a poner objetos de valor arriba de los muebles, pero ni bien bajás escuchás gritos, sos corto de vista y no distinguís, hay mujeres y hombres que piden rescate, mirás la calle y no lo podés creer, hay un metro y medio de agua, el agua subió a una velocidad demencial en menos de diez minutos, te arremangás, y con otro vecino hacen una cadena y cruzan la calle, ves gente, no les distinguís la cara, pero ayudás a que trepen a algún refugio, vas a otras casas, ayudás a sacar a las viejas que viven solas, que no quieren salir, a una le pegás un cachetazo porque te agarra fuerte, y pensás que te volviste loco, pensás que si el agua sigue subiendo... no, no querés pensar en nada y menos en la muerte y entonces te seguís ofreciendo, te ves joven, fuerte, pero estás agotado, querés irte, borrarle del mapa, y escuchás el grito más desesperado que escuchaste jamás, parece un trueno que cae de golpe, ves a una señora que se la lleva la corriente, que se agarra a un canasto de basura en la vereda, y ya no importa nada, ves que tu perro se baja de la escalera y se lo lleva el agua, gritás, el agua sube a los dos metros, pedís a tus vecinos que te tiren sábanas, hay otros que se suman, soportan el peso, logran rescatarla,

la señora grita y vos la sujetás, cuentan hasta tres y la suben a los escalones, el agua te chorrea la ropa, después suben todos juntos al refugio de la vecina. La mente se te pone en blanco. Te aliviás.

Y la noche fueron las mil y una: las horas siguientes permaneciste aislado, anónimo, como todos los que lloraban al lado tuyo, tiritando de frío, abrazándote con seres desconocidos, aguantando, entristecido por tu perro, rogando para que dejara de llover y el agua no subiera más. Fueron diez horas y parecieron veinte días.

A la mañana siguiente, cuando huís del refugio con el agua a las rodillas, cuando buscás a tu perro por todos lados, te das cuenta que empezó la vida después de la inundación. Algo que nunca concluye. Avisás a tu familia y a los que te quieren que estás bien, y te acostás. Al otro día, no querés volver. Son dos vidas, que se viven en paralelo: la vida que llevabas antes y la vida que llevás después. Querés recuperar la rutina, que lo que hacías vuelva a suceder. Pero no. Hay que resolver miles de cosas: se te inundó la casa, perdiste todo, tenés que hacer el duelo de tu perro, debés pelearte con la inmobiliaria para que te arreglen las cosas sin cobrarte un peso, tenés que recibir las donaciones y no te dan ganas de ver tanta gente, estar contando ochenta veces lo mismo, te quebrás, entrás a tu departamento y todo se siente tan extraño que no te dan ganas de ordenar nada. Te enojás con los que te quieren porque te tiran libros, fotos, libretas. Te aferrás a las poquitas cosas que no se perdieron, y las cuidás, las limpiás como si fueran un tesoro. Pasás el resto de las horas ensimismado, mirás fijo a ninguna parte, estás en otra parte.

Sos periodista, sos comunicador, y te acostás y pensás: ¿no tengo que escribir algo? ¿no tengo que llamar a los medios y decir algo?

Perdés. El cansancio te vence, soñás con los ojos de tu perro, con que tus familiares se ahogan, con que el colchón está húmedo. Y cuando soñás, das vueltas en la cama, te levantás, te mirás al espejo, salís afuera, mirás la ciudad, te prendés un pucho, te dan ganas de gritar y descargar la bronca, la furia, la impotencia. Y la ciudad, triste, extraña, agónica, te mira a vos y te dice: ¿qué pasa? ¿te vas a quedar ahí parado sin hablar?

Caminás y te persigue una duda: ¿te es necesario narrar la inundación? Pero ¿cómo, desde dónde, por qué? Después te das cuenta de que no había que pensarlo demasiado: era, como ocurre en el teatro, un acontecimiento excepcional. Había que sacarle jugo a la intensidad del “aquí y el ahora”. Y ya. Sin tantas vueltas.

Se te viene a la cabeza toda una literatura que, más lejos, más cerca en el tiempo, pasó por lo mismo: por decir lo indecible, por contar el desastre. En vivo y en directo, sin filtros. Decir en los límites de lo posible. Y te preguntás: ¿qué herramientas, qué recursos usar? Ves discursos autocomplacientes, ves una ciudad solidaria como nunca, te preguntás si de algo servirá todo eso, si la solidaridad no fue un hecho aislado porque todas las clases sociales se sintieron afectadas. Prendés la tele y aparecen conductores estrella entrevistando a las víctimas de la

inundación y suenan los violines de fondo y la apagás al instante. Te da asco. El morbo da náuseas.

¿Qué referencias, representaciones, imaginarios del desastre elegir para narrar? La cabeza te estalla. No querés leer. No podés concentrarte. Querés irte a una playa, divertirte, hacer la plancha en el mar.

Tenés insomnio y escribís lo primero que se te viene. Es una especie de diario íntimo sobre lo que pasó. Pero no. No es lo que querés. Te aburre contar tu experiencia. No alcanza. Leés diarios, ves videos de la tragedia. Leés que las autoridades dicen que la cifra de muertos no supera los cincuenta y que es casi imposible que aparezcan otros cadáveres. Te indignás. Te jode, pero pasa: pensás que tenés cosas más importantes que hacer al otro día. No podés creer que estuviste ahí, en uno de los epicentros de la inundación. Por un momento no sabés si lo soñaste o si te lo contaron. Estás medio bobo. Y entonces te despertás y suspendés lo que debés hacer y te proponés algo: investigar, en pocos días, sobre los muertos negados. Parece una misión imposible, pero sos caprichoso y te gustan, a veces, las misiones imposibles. Te llama Leila Guerriero, tu profesora, con quien estás haciendo un taller de crónica. Te aconseja, se preocupa. Hablás con Cristian Alarcón, tu editor, te aconseja, se preocupa. Te creés importante. Pensás: “qué lindo es recibir tantos llamados, me quiero inundar cada tanto”. Cortás el teléfono y te sentís solo. No vas a poder hacer nada. No tenés las fuerzas ni la lucidez suficiente. Solo, triste y final.

Pero al rato te agarra una súbita emoción. Lo vas a hacer, te decís. No importa cómo ni qué. Pero algo vas a hacer. Hablás con los editores de la revista *Anfibia* y acordás la entrega de una crónica. Agarrás la agenda. En una hora querés tirar la toalla. Te das cuenta de que es una tarea bien complicada: hablás con colegas y todos dicen lo mismo: que la versión oficial de los muertos es una mentira (y la mayoría de los platenses lo sabe), pero que es titánico encontrar historias de carne y hueso, con nombre y apellido, para desmitificar el cuentito de Daniel Scioli, Pablo Bruera y los jueces de turno.

Se te viene a la cabeza lo que el cronista polaco Ryszard Kapuściński repetía hasta el hartazgo: “primero la persona, después el periodista”. No fue nada original, pensás. Pero volvéis a mirarte al espejo y te das valor, te desafiás, te decís que si antes metiste la pata en el oficio, si te equivocaste, si no aprovechaste la oportunidad, ahora estabas en el momento justo y en el lugar indicado. Te sentís privilegiado.

Y entonces piloteás la dispersión, te ponés ansioso, insoportable, pero dedicás todo el tiempo posible a corroborar las fuentes, los datos, los rumores. Te obsesionás, y pensás que la obsesión es tu mejor arma. Llamás como un loco. Conseguiste treinta números. Y vas a los barrios y te pegás cada chasco que dan ganas de llorar. Las personas no aparecen. Seguí. Pasan los días y poco y nada. Y tenés que entregar una crónica que te propusiste contar con todo el detalle narrativo y no tenés información y hablás con tu editor y te animás para que mañana sea el día. Sentís una derrota personal, pero tratás que no se note.

Cuando te dabas por vencido, el día anterior a la entrega de la crónica, algo te da aliento. Se fueron corroborando algunas historias. Te encontrás con personas que están dispuestas a

poner la cara. Por fin. Conseguís testimonios. Convencés a un amigo para meterte en un barrio de la periferia a la noche. Van en auto, casi se quedan en el barro, encuentran a la familia que buscaban. Te cuentan cosas terribles. No hay tiempo de nada: te ponés frío frente a la computadora y dejás que todo fluya. Te trabás miles de veces, pero pasás toda la noche en vela, no dormís, tomás café, te ponés música fuerte, los ojos se te cierran, pero no es posible claudicar. Nunca habías sentido que un relato tuyo fuera tan necesario y urgente. Pensás que exagerás un poco, pero la exageración es un remedio que alimenta la obstinación.

Le decís a tu editor que conseguiste un par de historias, y que lo difícil es zafar del vértigo. El riesgo es publicar una cosa y que al otro día se sepa otra. Hora tras hora, día tras día, la información se modifica, las historias se transforman: la ciudad parece un murmullo anónimo que gana coraje a medida que las historias verdaderas salen a la luz.

Tu crónica se publica y el rebote es instantáneo. Ves que la compartió todo el mundo, la repercusión te excede. Y sentís que, aunque la crónica quedó vieja al día de siguiente de haberse publicado por el fragor de los acontecimientos, por algo existieron los Walsh, los Conti, los John Lee Anderson y por algo existen las Licitra, las Guerriero, los Caparrós. Ellos fueron los que estaban en tu inconsciente, los que te guiaron a escribir, y a escribir, y a no parar de escribir.

Cuando hay que decir algo, simplemente hay que decirlo. Hay que buscar las formas, los detalles y huir de lo previsible y los lugares comunes. Aunque no siempre se logre, por lo menos hacer el intento. Aprender a fracasar y fortalecerse: perseverar ante un próximo escenario. Sentir que el texto es un desafío extremo, en el que se juega tu futuro en el oficio. Y quemarse las pestañas para que ese relato perdure, único, singular e irrepitable, y sea transmitido como una pequeña obra de arte. Ser, como periodistas, una potencia sobre lo real. Construir un discurso que confirme un punto de vista, una mirada: porque en el periodismo, que es una de las profesiones más apasionantes de la comunicación, seremos siempre subjetivos, pero sobre hechos objetivos, que sucedieron.

Hoy, a dos meses de la inundación, y gracias a la cantidad de notas, informes, investigaciones que aún siguen apareciendo, muchas de las historias tapadas fueron conocidas. Pero no es suficiente. Todavía falta más. Los periodistas, los comunicadores y los docentes tenemos que trascender la urgencia y la inmediatez de cómo suceden los acontecimientos. La Plata ya no es noticia. Hay que salirse de la efeméride y de la denuncia mediática que solo llega hasta el efecto de la indignación. Hay que pensar. Y pensar es pensar, sobre todo, en las estructuras. De cómo armar los relatos. De cómo desmitificar los discursos oficiales. De cómo reflexionar sobre la ética, la responsabilidad y la mirada en un contexto social. De cómo contribuir a pensar el modelo de ciudad que queremos. De cómo pudo evitarse la tragedia y no se evitó.

De cómo pensar, en definitiva, sobre la derrota colectiva. Sobre la disputa de los relatos. Sobre el dolor. Sobre la pérdida. Sobre la necesidad de recomponerse. Sobre el hecho de seguir vivos y no querer que nunca más pase semejante desastre. No somos justicieros, pero sí podemos pensar la historia (y cómo vive el pasado en el presente).

El periodismo: esa voz, esas voces que, más que imponerse, más que ser la guía moral, son pequeños actos de sensibilidad, de pensamiento, de revelación de un mundo. Como decía Tomás Eloy Martínez: contar los hechos de la vida y aspirar, como la literatura, a ser perdurables. Porque esos actos reflejan historias: las que, al contarlas como ningún otro, se quedarán grabadas en la retina para siempre.

Nota

¹ El relato se centra en las circunstancias de cómo narré la crónica "Los muertos negados", que se publicó en la revista *Anfibia* una semana después de la inundación. Esta puede leerse en <http://www.revistaanfibia.com/cronica/los-muertos-negados>.